

## **Entre Calles y Tinta**

### **Isabel de Segura**

Cuando se enfrenta el miedo contra el futuro desconocido, el tiempo y el reencuentro con uno mismo dan la esperanza de romper el eterno ciclo en el que puedes sentirte atrapado.

Observé desde la ventana cómo caía el anochecer y, mientras las farolas parpadeaban, algo invadió mi ansia por quedar aislada del presente: ¿Qué sucede cuando las estrellas brillan y los recuerdos del día se desvanecen en la oscuridad de la noche? Fue entonces cuando, sin motivo aparente, decidí subir al desván, como si alguien hubiera susurrado al aire que allí encontraría la respuesta a mi pregunta.

Salí y cerré la puerta del dormitorio. Corrí hacia las escaleras que conducían hacia la parte alta de la casa. Hacía mucho tiempo desde que entré por última vez. Me dispuse a observar el lugar. Encontré un viejo cofre de madera en el fondo del polvoriento ático de la casa y, al abrirlo, descubrí el mayor tesoro que pude encontrar en ese antiguo almacén. El baúl guardaba sellos, periódicos, cartas amarillentas y pequeñas reliquias que se entremezclaban con la historia de tiempos pasados. Algo llenó el abrumador vacío que sentía en el pecho.

Entre esas reliquias, me llamó la atención un diario con la cubierta dañada. Pertenece a mi abuela. Acaricié la portada del diario con los dedos y pasé las páginas con las manos temblorosas. Contaba la infancia de la abuela en el internado de Teruel del que tanto nos habló, desvelando las aventuras, travesuras, amistades y los desafíos de la postguerra.

En lo más profundo del baúl, entre cartas y fotografías, conseguí ver una cadena de plata con una fecha grabada en la chapa del cierre: “09-06-1944”.

Sin pensarlo, busqué la fecha de la chapa en el diario. Era el día de su sexto aniversario. En esa página, se encontraba recortada la fotografía de un periódico. En ella se podía apreciar un grupo de niñas en traje de baño a las orillas de un río. Una de ellas destacaba en la foto. Era la abuela en brazos de una monja del internado. Señalé con un dedo la cadena que colgaba de su cuello. Era la misma que encontré en el cofre. Aun así, en la fotografía parecía llevar algún tipo de colgante que no se encontraba en el cofre. Esto último me sorprendió, ¿qué debía de ser aquello que colgaba en la cadena?

Después de leer detenidamente cada una de sus historias, la curiosidad me impulsó a indagar más sobre Teruel. Me sentí atraída por las descripciones de los sitios que un día dieron lugar a travesuras y aventuras que la abuela vivió durante su niñez.

Finalmente, tomé la decisión de ir y experimentarlo. Quería sentir personalmente el amor que ella le tenía a su tierra natal. A la mañana siguiente, tomé un viaje en coche desde Barcelona hasta Teruel. Salí a primera hora. Durante el camino pensé en el día en el que mi abuela vino hacia Cataluña y en cómo debió ser en aquel momento el paisaje que observaba desde la ventana. Llegué allí hacia las once y media de la mañana. Estaba realmente emocionada por

descubrir la más pequeña capital de provincia española, conocida como la ciudad de los Amantes.

Al poner un pie en la ciudad, me envolvió el ambiente único que desprendía la ciudad del mudéjar y sus calles empedradas.

### **ESCALINATA DEL ÓVALO - 11:35 h**

Al comenzar mi ruta, me dirigí hacia la Escalinata del Óvalo que, según un periódico que encontré por el baúl, fue construida a principios de los años veinte para salvar el desnivel entre la Estación de Ferrocarril Central de Aragón y el casco antiguo. Unía dos importantes movimientos: el neo-mudéjar y el modernismo. Sus peldaños, como hilos de historia entrelazados, te guiaban con la promesa de revelarte cada secreto de Teruel. Al ascender por ellos, mis ojos descubrieron un paisaje de belleza atemporal, donde el arte y la arquitectura danzaban en perfecta armonía. Me quedé absorta mientras observaba las vistas de aquel lugar. Alguien me trajo de vuelta al mundo al pasar corriendo delante de mí.

### **TORRE EL SALVADOR - 11:42 h**

A unas calles de distancia desde mi punto de partida se encontraba la Torre de la Iglesia de El Salvador que, junto a las tres restantes (la Torre de la Iglesia de San Pedro, de San Martín y la Catedral de Santa María), formaba parte del patrimonio cultural de Teruel. Desde lo alto de la torre mi mirada se extendía como eterna testigo de las vistas de toda la capital. ¿Cuántas generaciones habían contemplado su grandeza desde abajo, buscando respuestas en el vaivén de las calles? Solo ellas guardaban en silencio los interrogantes que cada generación había confrontado.

### **PLAZA DEL TORICO - 12:15 h**

El mapa de la ciudad que la abuela dibujó en la última página del diario me llevó desde la torre hasta la conocida Plaza del Torico. Ella solía decirme que la visitaba junto a sus compañeras al recibir las pesetas que ganaban por hacer las labores en el internado. Allí compraban golosinas, sellos, canicas y chocolates.

La plaza constituía un lugar de encuentro que reunía a ciudadanos y visitantes en bares, pastelerías, restaurantes y terrazas. En el centro destacaba una fuente de cuatro caños coronada por una pequeña figura de un toro.

Recorrí algunas de las calles más cercanas y opté por tomar algo de comer en uno de sus restaurantes. Me senté en una de las mesas individuales más cercanas a la barra de helados. El bar parecía ser muy antiguo. Una chiquilla pelinegra que vestía un camisón blanco se escondía detrás de este y jugaba a esconderse.

Al salir, una ligera ventisca me recordó las fechas en las que me encontraba. Mientras caminaba por la plaza, imaginé a mi abuela junto a sus compañeras y las hermanas del internado en uno de esos días en los que subían al centro de la ciudad.

### **CATEDRAL DE SANTA MARÍA - 14:15 h**

Después del descanso decidí retomar mi aventura. Caminé por las calles empedradas hasta llegar a la catedral de Teruel. Al levantar la mirada, quedé fascinada al ver la deslumbrante fachada gótica que tenía delante de mí. Consta de numerosos detalles y arcos alzados. Esta contaba con una torre mudéjar construida en el año 1257.

Al entrar, la grandiosidad del lugar me recubrió. Las vidrieras de colores dejaban entrar una luz pura, que invitaba a seguir investigando. Caminé por los pasillos, admirando las capillas laterales que conservaban obras de arte y reliquias. Las pinturas murales en las paredes hablaban de historias de fe y costumbre, mientras que sus colores te regalaban la posibilidad de pararte a mirarlas. Me senté en un banco, observando aquellas antiguas pinturas. Alguien también lo hizo. Mi espalda chocó contra la suya y, antes de que pudiese girarme a mirarle, este ya había marchado de allí.

### **MAUSOLEO DE LOS AMANTES - 15: 45 h**

Llegó el momento de adentrarme en la leyenda de los Amantes de Teruel, aquella historia que solía contarme mi abuela de niña.

La narración se remonta al siglo XIII en Teruel. Dos jóvenes enamorados se enfrentaron a las diferencias sociales que existían entre ellos. Él, sin riquezas ni fortuna, le prometió a ella que volvería pasado un tiempo con las posesiones necesarias para que pudieran casarse. Mientras tanto, el padre de la muchacha la obligó a prometerse con un hombre rico.

Pasado un largo tiempo y llegados a la boda, el amante regresó con una gran fortuna a la ciudad y, para su sorpresa, ya era demasiado tarde. El muchacho cayó muerto de tristeza a los pies de la joven ya casada. Esta, al ver el cuerpo sin vida de su único amado, se desplomó junto a él. Ambos fueron enterrados junto al otro para que descansaran unidos. La leyenda sobre un amor imposible se difundió generación tras generación.

En el mausoleo, se encontraban las tumbas de Isabel y Diego (los dos jóvenes) acompañadas de diversos elementos que mostraban la historia de los amantes.

### **EL INTERNADO - 17: 15 h**

Al salir de mi visita por el mausoleo, me paré en seco en medio de la calle y saqué de mi bolso aquel diario de tapas desgastadas. Busqué la página en la que mi abuela revelaba la dirección del hogar de acogida en el que residió durante unos años. Se encontraba a las afueras de la capital. Caminé en dirección al internado por las calles que un día fueron

testigos de su niñez. Durante el camino traté de imaginar cómo debieron ser las fachadas y los descampados en aquel entonces. Al llegar, me encontré con una fachada verde, desgastada por el paso del tiempo. Respiré hondo antes de entrar. Una abuela me recibió en la entrada. Parecía ser que actualmente el lugar había pasado a ser una residencia de ancianos. Le hablé sobre mi viaje y la relación de mi abuela con el lugar. La anciana asintió con comprensión. Me guio por los pasillos hasta llegar a la que, en un momento, fue la habitación de mi abuela. Decenas de fotografías que mostraban sonrisas congeladas en el tiempo llenaban las paredes del lugar. La señora se retiró lentamente y me dejó a solas.

Al investigar una vez más el cuaderno de mi abuela, descubrí pequeñas anotaciones escritas a lápiz en los márgenes de las hojas. Una de ellas llamó especialmente mi atención: “Recordatorio: Tablón izquierdo.”, ¿sobre qué debía de estar hablando? Miré hacia abajo. ¡Tablones de madera! Me arrodillé cuidadosamente e inspeccioné cada uno de los tablones que había en la habitación. Uno de ellos parecía estar suelto. Tiré hacia arriba. Un frasco lleno de agua se encontraba en aquel hueco. Me pareció extraño. De repente, noté una mano fría sobre mi hombro. Asustada, volví a poner el tablón en su sitio y me guardé el frasco en el bolso en un solo movimiento antes de girarme para ver quién era. Yo era la única persona en la habitación. Algo extraño removié mi estómago. Decidí salir al pasillo, la anciana tampoco se encontraba allí.

### **LA PLAZA NOCTURNA - 22:45 h**

Habían pasado horas desde que me marché del internado. Algo seguía haciéndome sentir confusa sobre lo que pasó allí.

Sentada en un banco de la Plaza del Torico, mientras el bullicio de la vida nocturna paseaba, saqué el frasco para verlo de nuevo. Me preguntaba por qué debió guardar algo así. Lo abrí, tan solo era agua. Conseguí recordar algo... ¡El río!

### **EL REFLEJO EN UN FRASCO DE SECRETOS - 00:00 h**

Noté como el frío viento recorría cada parte de mi cuerpo. Me senté en la orilla del río junto al murmullo del agua como único compañero. Mis pies descansaban en el agua. Escondí la cabeza entre mis rodillas. Me sentía agotada.

Bajo la luz de la perla blanca, mis ojos detectaron algo medio hundido en la arena. Traté de desenterrarlo con las manos. Un viejo paño envolvía un pequeño reloj de plata. En la tapa se encontraban escritas unas iniciales: “J.H.L.”. Era el colgante de mi abuela, la pieza que faltaba. El tic-tac cada vez sonaba más deprisa. Las estrellas comenzaron a brillar más que nunca. Parecían alegrarse por mi hallazgo.

“Aquí estoy”, le susurré sorprendida al aire. Las manecillas del reloj dejaron de girar. Ya no funcionaba.

Ahora el aire me envolvía en un cálido manto. El movimiento del agua pareció detenerse. Una lágrima se deslizó por mi mejilla y rebotó en el agua sobre mi reflejo. Ya no era mío. Una dulce niña de cabellos negros y vestida de blanco sonreía y me miraba fijamente.

“Aquí estoy, te encontré”, balbuceé nuevamente. Esta vez con más seguridad.

Allí estaba, a solas, sin el tiempo a mis espaldas. A medida que miraba el rostro de la niña en el reflejo del agua, una sensación de calma y tranquilidad se apoderó de mí. La presencia de mi abuela parecía estar allí.

Con el reloj averiado entre mis manos, comprendí que había ya desempeñado su propósito. Lo dejé sobre la arena, como un tributo a los secretos que el río me había revelado.

En la orilla del río, experimenté lo que significaba viajar. Iba más allá de simplemente ir de un lugar a otro. Viajar era el conocimiento, el saber y el conocer sobre dónde te encontrabas, una eterna búsqueda de la esencia interior del mundo que te rodea.

Cuando las estrellas brillaron y la oscuridad de la noche cubrió el cielo, el presente y el pasado entrelazaron nuestra historia con la de aquellos que vinieron antes que nosotros.